



Pan y Vino



IV Domingo de Cuaresma (A). Jesús y el Ciego de nacimiento.

Parroquia La Dolorosa - Frailes Dominicos

San José, Costa Rica.

Reconocer y sanar nuestras cegueras.

En este IV Domingo de Cuaresma la Liturgia nos sorprende nuevamente con ese mensaje de Jesús desde el Evangelio de Juan: Poder ver. Saber ver.

En el contexto mundial de la emergencia sanitaria, la Palabra ha salido a nuestro encuentro, no sólo a través de la Sagrada Escritura, sino también a través de este gran acontecimiento “Coronavirus”. En efecto, vivimos situaciones inéditas, no porque nunca ha habido pandemias, sí, las ha habido. Sino por la rapidez y crecimiento exponencial de la enfermedad.

En este domingo estamos invitados a reconocer nuestras cegueras de todo tipo, las que nos impiden ver a nuestros hermanos y hermanas en situación de indigencia; así como las cegueras que nos impiden la verdadera y auténtica comunión con la gran obra de Dios.

“El hombre, para llegar a ser él mismo, necesita un Dios que le permita crear y no un Amo que le dicte el camino; necesita una Presencia que lo ayude a engendrarse y no una Ley que lo modele desde fuera; necesita una llamada que lo empuje a ser y no una orden que le imponga actuar”. Marcel Légaut. CIF, p.74-75

Fr. Estuardo López, O.P.



Liturgia de La Palabra

Primera Lectura: del libro del Éxodo 16,1.6-7.10-13

En aquellos días, dijo el Señor a Samuel: “Ve a la casa de Jesé, en Belén, porque de entre sus hijos me he escogido un rey. Llena, pues, tu cuerno de aceite para ungirlo y vete”.

Cuando llegó Samuel a Belén y vio a Eliab, el hijo mayor de Jesé pensó: “Este es, sin dudado, al que voy a ungir como rey”. Pero el Señor le dijo: “No te dejes impresionar por su aspecto ni por su gran estatura, pues yo lo he descartado, porque yo no juzgo como juzga el hombre. El hombre se fija en las apariencias, pero el Señor se fija en los corazones”.

Así fueron pasando ante Samuel siete de los hijos de Jesé; pero Samuel dijo: “Ninguno de éstos es el elegido del Señor”. Luego preguntó a Jesé: “¿Son estos todos tus hijos?” Él respondió: “Falta el más pequeño, que está cuidando el rebaño”. Samuel le dijo: “Hazlo venir, porque no nos sentaremos a comer hasta que llegue”. Y Jesé lo mandó llamar.

El muchacho era rubio, de ojos vivos y buena presencia. Entonces el Señor dijo a Samuel: “Levántate y úngelo, porque éste es”. Tomó Samuel el cuerno con el aceite y lo ungió delante de sus hermanos. A partir de aquel día, el espíritu del Señor estuvo con David.

Palabra de Dios

Salmo responsorial. Del Salmo 94

El Señor es mi pastor, nada me faltará.

El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace reposar y hacia fuentes tranquilas me conduce para reparar mis fuerzas.

El Señor es mi pastor, nada me faltará.

Por ser un Dios fiel a sus promesas, me guía por el sendero recto; así, aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú estás conmigo. Tú vara y tu cayado me dan seguridad.

El Señor es mi pastor, nada me faltará.

Tú mismo me preparas la mesa, a despecho de mis adversarios; me unges la cabeza con perfume y llenas mi copa hasta los bordes.

El Señor es mi pastor, nada me faltará.

Tu bondad y tu misericordia me acompañarán todos los días de mi vida; y viviré en la casa del Señor por años sin término.

El Señor es mi pastor, nada me faltará.

“El hombre, para llegar a ser él mismo, necesita un Dios que le permita crear y no un Amo que le dicte el camino; necesita una Presencia que lo ayude a engendrarse y no una Ley que lo modele desde fuera; necesita una llamada que lo empuje a ser y no una orden que le imponga actuar”. Marcel Légaut. CIF, p.74-75

Fr. Estuardo López, O.P.



Segunda lectura: de la carta del Apóstol San Pablo a Los Efesios 5,8-14

Hermanos: En otro tiempo ustedes fueron tinieblas, pero ahora, unidos al Señor, son luz. Vivan, por lo tanto, como hijos de la luz. Los frutos de la luz son la bondad, la santidad y la verdad. Busquen lo que es agradable al Señor y no tomen parte en las obras estériles de los que son tinieblas.

Al contrario, repruébenlas abiertamente; porque, si bien las cosas que ellos hacen en secreto da rubor aun mencionarlas, al ser reprobadas abiertamente, todo queda en claro, porque todo lo que es iluminado por la luz se convierte en luz.

Por eso se dice: Despierta, tú que duermes; levántate de entre los muertos y Cristo será tu luz.

Palabra de Dios

Del Evangelio de Juan 9,1-41

En aquel tiempo, Jesús vio al pasar a un ciego de nacimiento, y sus discípulos le preguntaron: “Maestro, ¿quién pecó para que éste naciera ciego, él o sus padres?” Jesús respondió: “Ni él pecó, ni tampoco sus padres. Nació así para que en él se manifestaran las obras de Dios. Es necesario que yo haga las obras del que me envió, mientras es de día, porque luego llega la noche y ya nadie puede trabajar. Mientras esté en el mundo, yo soy la luz del mundo”.

Dicho esto, escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, se lo puso en los ojos al ciego y le dijo: “Ve a lavarte en la piscina de Siloé” (que significa ‘Enviado’). Él se lavó y volvió con la vista.

Entonces los vecinos y los que lo habían visto pidiendo limosna, preguntaban: “¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?” Unos decían: “Es el mismo”. Otros: “No es él, sino que se le parece”. Pero él les decía: “Soy yo”. Y le preguntaban: “Entonces, ¿cómo se te abrieron los ojos?”. Él les respondió: “El hombre que se llama Jesús hizo lodo, me lo puso en los ojos y me dijo: ‘Ve a Siloé y lávate’. Entonces fui, me lavé y comencé a ver”. Le preguntaron: “¿En dónde está él?” Les contestó: “No lo sé”.



“El hombre, para llegar a ser él mismo, necesita un Dios que le permita crear y no un Amo que le dicte el camino; necesita una Presencia que lo ayude a engendrarse y no una Ley que lo modele desde fuera; necesita una llamada que lo empuje a ser y no una orden que le imponga actuar”. Marcel Légaut. CIF, p.74-75

Fr. Estuardo López, O.P.



Pan y Vino V. 2 No. 17

Parroquia La Dolorosa

22 de marzo de 2020



Llevaron entonces ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día en que Jesús hizo lodo y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaron cómo había adquirido la vista. Él les contestó: “Me puso lodo en los ojos, me lavé y veo”. Algunos de los fariseos comentaban: Ese hombre no viene de Dios”, porque no guarda el sábado”. Otros replicaban: “¿Cómo puede un pecador hacer semejantes prodigios?” Y había división entre ellos. Entonces volvieron a preguntarle al ciego: “Y tú, ¿qué piensas del que te abrió los ojos?” Él les contestó: “Que es un profeta.

Pero los judíos no creyeron que aquel hombre, había sido ciego, hubiera recobrado la vista. Llamaron, pues a sus padres y les preguntaron: “¿Es éste su hijo, del que ustedes dicen que nació ciego; ¿Cómo es que ahora ve?” Sus padres contestaron: “Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego. Cómo es que ahora ve o quién le haya dado la vista, no lo sabemos. Pregúnteselo a él; ya tiene edad suficiente y responderá por sí mismo”. Los padres del que había sido ciego dijeron esto por miedo a los judíos, porque éstos ya habían convenido expulsar de la sinagoga a quien reconociera a Jesús como el Mesías. Por eso sus padres dijeron: ‘Ya tiene edad, pregúntele a él’.



Llevaron de nuevo al que había sido ciego y le dijeron: “Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es pecador”. Contestó él: “Si es pecador, yo no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo”. Le preguntaron otra vez: “¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?” Les contestó: “Ya lo dije a ustedes y no me han dado crédito. ¿Para qué quieren oírlo otra vez? ¿Acaso también ustedes quieren hacerse discípulos suyos?” Entonces ellos lo llenaron de insultos y le dijeron: “Discípulo de ése lo serás tú. Nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios. Pero ése no sabemos de dónde viene”.

Replicó aquel hombre: “Es curioso que ustedes no sepan de dónde viene y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero al que lo teme y hace su voluntad, a ése sí lo escucha. Jamás se ha oído decir que alguien le abriera los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no tendría ningún poder”. Le replicaron: “Tú eres puro pecado desde que naciste, ¿cómo pretendes darnos lecciones?” Y lo echaron fuera.

“El hombre, para llegar a ser él mismo, necesita un Dios que le permita crear y no un Amo que le dicte el camino; necesita una Presencia que lo ayude a engendrarse y no una Ley que lo modele desde fuera; necesita una llamada que lo empuje a ser y no una orden que le imponga actuar”. Marcel Légaut. CIF, p.74-75

Fr. Estuardo López, O.P.



Supo Jesús que lo habían echado fuera, y cuando lo encontró, le dijo: “¿Crees tú en el Hijo del hombre?” Él le contestó: “¿Y quién es, Señor, para que yo crea en él?” Jesús le dijo: “Ya lo has visto; el que está hablando contigo, ése es”. El dijo: “Creo, Señor”. Y postrándose lo adoró.

Entonces le dijo Jesús: “Yo he venido a este mundo para que se definan los campos; para que los ciegos vean, y los que ven queden ciegos”. Al oír esto, algunos fariseos que estaban con él le preguntaron: “¿Entonces, también nosotros estamos ciegos?” Jesús les contestó: “Si estuvieran ciegos, no tendrían pecado; pero como dicen que ven, siguen en su pecado”.

Palabra del Señor

Mendigos de la Luz

* Celebramos y vivimos esta IV Domingo de Cuaresma de diversas maneras. Nos encontramos en el mundo ante una gran emergencia sanitaria. Una situación que desnuda nuestra fragilidad y nos hace constatar que solo somos parte del Misterio de la Vida, una parte en todo el Misterio, aunque ciertamente una parte de la vida con una gran responsabilidad.

El coronavirus nos permite volver la mirada a lo que somos en el contexto de la vida, toda. En este contexto, siguiendo el itinerario propuesto por la Iglesia, la cuaresma, nos encontramos con ese acontecimiento de Jesús y el ciego de nacimiento.

- La curación del ciego de nacimiento se encuentra en la memoria que el evangelista Juan hace sobre Jesús, a través de un camino que se va abriendo como en espiral, donde se va revelando la identidad de Jesús y la identidad del ser humano. En ese proceso de descubrir quién es Jesús y quién es el ser humano, también se devela todo aquello que oprime y encadena al ser humano. Los miedos, las ideologías y las estructuras religiosas que



“El hombre, para llegar a ser él mismo, necesita un Dios que le permita crear y no un Amo que le dicte el camino; necesita una Presencia que lo ayude a engendrarse y no una Ley que lo modele desde fuera; necesita una llamada que lo empuje a ser y no una orden que le imponga actuar”. Marcel Légaut. CIF, p.74-75

Fr. Estuardo López, O.P.



Pan y Vino V. 2 No. 17

Parroquia La Dolorosa

22 de marzo de 2020



difienden y reproducen esclavitud y ceguera, quedan al descubierto. El ser humano se encuentra en una situación en que de alguna manera llega a percibir que no puede moverse con libertad por la vida, y que esa situación no puede cambiarse, porque además el tiene pecado y culpa.

- Son tantas cosas que Jesús responde en el texto bíblico:
 - el ciego no es ni ha cometido pecado. Tampoco sus padres. Es verdad que está ciego, pero puede cambiar esa realidad. En esa realidad de ceguera vivida por un ser humano existe una realidad más profunda de luz y de plenitud.
 - Quienes creen ver, no ven. Ve lo superficial, lo efímero. No ven el misterio trascendente presente. Estas personas son ciegas que quieren guiar a otros, pero solo tropiezan y hacen tropezar a los otros y así, estropean sus vidas.
 - Con José María Castillo decimos que Jesús con su palabra y su testimonio nos viene a decir que hay que creer en el ser humano para que nuestra fe en Dios sea auténtica, profunda y dé sentido a nuestra vida.
 - Con Anthony Cilia podemos decir que toda contradicción humana es un camino hacia la trascendencia. Nuestras limitaciones son signos de la grandeza del misterio de Dios en nuestras vidas.
- Somos mendigos de la luz, de la luz del Misterio de la Vida, del misterio del encuentro con el prójimo, del misterio de la comunión con la creación. Si cada vez nos conocemos más, entonces cada día hemos de dejar que nos habite la Luz que no sólo



“El hombre, para llegar a ser él mismo, necesita un Dios que le permita crear y no un Amo que le dicte el camino; necesita una Presencia que lo ayude a engendrarse y no una Ley que lo modele desde fuera; necesita una llamada que lo empuje a ser y no una orden que le imponga actuar”. Marcel Légaut. CIF, p.74-75

Fr. Estuardo López, O.P.



Pan y Vino V. 2 No. 17 Parroquia La Dolorosa

22 de marzo de 2020

destruye la oscuridad de lo que somos, sino que crea espacios y tiempos de encuentro y alegría.

- La situación mundial en esta emergencia sanitaria es un gran signo que ilumina nuestras miserias existenciales. Nos hemos vaciado de la luz y del amor y nos hemos llenado de egoísmo y falsedad, en muchos sentidos. Este domingo, en el silencio y en el compartir en el interior de nuestros hogares, nace una nueva luz, y nuestras cegueras empiezan a curarse.

Compañeros de camino que nos ayudan a reflexionar

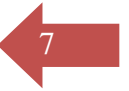
- * “Este relato, largo y detallado, está pensado y redactado para desembocar en el momento final y culminante: el acto de fe que hace el ciego recién curado cuando se prostra ante Jesús. Un acto de fe que no es fe en Dios o en el Hijo de Dios, sino fe en el Hijo del hombre (Jn 9,35.38). La expresión “Hijo del hombre” la usa en los evangelios solo Jesús, nadie más. Fue una novedad que Jesús introdujo en aquella cultura. Se trata de una expresión semítica, “bar ‘adam”, “hijo de Adán”; o su equivalente “bar’nasa”, “hijo de hombre”. “Adán” es lo mismo que “hombre” (Gn 4,24; 5,1.3-5; 1Cr 1,1; Tb 8,6; Si 49,16), el colectivo humano (Jb 14,1; Sal 8,5; 104,14) (X. León Dufour). Decir, pues, “hijo de Adán” es lo mismo que decir “el hombre”, el “ser humano” (Is 51,12; 52,14; Sal 8,5, 45,3...) (L. Alonso Schöckel, J. Mateos, V. Hampel, J.D.G. Dunn). Por tanto, el evangelio de Juan relata un proceso muy duro que tiene Hijo de Dios



El proceso es terrible. La iniciativa es de Jesús, ya que ni se menciona que el ciego pidiera ser curado (Jn 9,6s). Y en cuanto empieza a ver, empiezan también las dificultades: los vecinos dudan (Jn 9, 8-10), sus padres lo abandonan y no dan la cara por él (Jn 9,20-21), los dirigentes religiosos lo insultan (Jn 9,28) y finalmente lo excomulgan como un

“El hombre, para llegar a ser él mismo, necesita un Dios que le permita crear y no un Amo que le dicte el camino; necesita una Presencia que lo ayude a engendrarse y no una Ley que lo modele desde fuera; necesita una llamada que lo empuje a ser y no una orden que le imponga actuar”. Marcel Légaut. CIF, p.74-75

Fr. Estuardo López, O.P.





Pan y Vino V. 2 No. 17 Parroquia La Dolorosa

22 de marzo de 2020

“empecatado” (Jn 9,34), lo deja solo la familia y lo excomulga la religión.

Por todo eso hay que pasar para creer en la verdad. Pero creer, ¿en qué?, ¿en quién? ¿En Dios? No. ¿En el Hijo de Dios? Tampoco. Se trata de creer en todo lo que nos impide coincidir con lo humano, creer en lo humano. Los hombres estamos dispuestos a poner nuestra fe en el poder, el honor, el dinero, la ciencia, lo esotérico y lo extraño. Creemos en los dioses, en los milagros, en los ritos, en santos y curanderos. En lo que sea. La ruina de la humanidad es que no creemos en el hombre, en el ser humano. Por eso no lo respetamos, no lo tratamos como se merece, no lo queremos, sea quien sea y se porte como se porte. Estamos ciegos. Y los fanáticos de la religión son los más duros enemigos de la humanización del ser humano. Se encuentran más a gusto en su ceguera y alimentando la ceguera de todos los que no acabamos de tomar en serio la fe en el ser humano. Además de eso, porque en el ser humano se ha encarnado Dios (Jn 1,14) y en él es donde, ante todo, encontramos a Dios. Según el Evangelio, NO PODEMOS CREER EN EL DIOS DE JESÚS, SI NO CREEMOS EN EL SER HUMANO. No podemos fiarnos de Dios, si no nos fiamos del ‘ser humano’”.

José María Castillo, 2019: 107-108.

“El hombre, para llegar a ser él mismo, necesita un Dios que le permita crear y no un Amo que le dicte el camino; necesita una Presencia que lo ayude a engendrarse y no una Ley que lo modele desde fuera; necesita una llamada que lo empuje a ser y no una orden que le imponga actuar”. Marcel Légaut. CIF, p.74-75

Fr. Estuardo López, O.P.



“Viendo al ciego los discípulos preguntan: “Rabbí, ¿quién pecó, él o sus padres, para que haya nacido ciego? En aquella época, un defecto físico o una enfermedad eran consideradas un castigo de Dios. Asociar defectos físicos al pecado era un modo con el cual los sacerdotes de la Antigua Alianza mantenían su poder sobre la conciencia del pueblo, Jesús ayuda a corregir sus ideas: “Ni él pecó ni sus padres, es para que se manifiesten en él las obras de Dios”. Obras de Dios equivale a signos de Dios. Por tanto, lo que era en aquella época signo de ausencia de Dios, será signo de su presencia luminosa en medio de nosotros. Jesús dice: “Tenemos que trabajar en las obras del que me ha enviado mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar. El día de los signos comienza a manifestarse cuando Jesús, “el tercer día” (Jn 2,1), realiza el “primer signo en Caná (Jn 2,11). Pero está por terminar. La noche está por llegar, porque estamos ya en el “séptimo día”, el sábado, y la curación del ciego es el sexto signo (Jn 9,14). La noche es la muerte de Jesús. El séptimo signo será la victoria sobre la muerte en la resurrección de Lázaro (Jn 11). En el Evangelio de Juan hay solo siete signos, milagrosos que anuncian el gran signo que es la muerte y resurrección de Jesús”.

Anthony Cilia. 2020:107-108

“El hombre, para llegar a ser él mismo, necesita un Dios que le permita crear y no un Amo que le dicte el camino; necesita una Presencia que lo ayude a engendrarse y no una Ley que lo modele desde fuera; necesita una llamada que lo empuje a ser y no una orden que le imponga actuar”. Marcel Légaut. CIF, p.74-75

Fr. Estuardo López, O.P.



Oración

Todos estamos un poco encerrados,
de una manera o de otra,
en la oscuridad de la noche,
a menudo solos con nuestras angustias,
mendigos de la luz, desde nuestro nacimiento.
Ven, Espíritu de luz,
guíanos al encuentro con Jesús,
para acoger su Palabra
y así tener aquellos ojos nuevos
que nunca tuvimos,
para ver los frutos
de tu presencia y tu acción
en medio de nosotros.
Amén. (V.G.)

Anthony Cilia. 2020:104

“El hombre, para llegar a ser él mismo, necesita un Dios que le permita crear y no un Amo que le dicte el camino; necesita una Presencia que lo ayude a engendrarse y no una Ley que lo modele desde fuera; necesita una llamada que lo empuje a ser y no una orden que le imponga actuar”. Marcel Légaut. CIF, p.74-75

Fr. Estuardo López, O.P.



El elefante y los 6 ciegos

En la Antigüedad, vivían seis hombres ciegos que pasaban las horas compitiendo entre ellos para ver quién era el más sabio. Exponían sus saberes y luego decidían entre todos quién era el más convincente.

Un día, discutiendo acerca de la forma exacta de un elefante, no conseguían ponerse de acuerdo. Como ninguno de ellos había tocado nunca uno, decidieron salir al día siguiente a la busca de un ejemplar, y así salir de dudas.

Puestos en fila, con las manos en los hombros de quien les precedía, emprendieron la marcha enfilando la senda que se adentraba en la selva. Pronto se dieron cuenta que estaban al lado de un gran elefante. Llenos de alegría, los seis sabios ciegos se felicitaron por su suerte. Finalmente podrían resolver el dilema.

El más decidido, se abalanzó sobre el elefante con gran ilusión por tocarlo. Sin embargo, las prisas hicieron tropezar y caer de bruces contra el costado del animal. “El elefante –exclamó– es como una pared de barro secada al sol”.

El segundo avanzó con más precaución. Con las manos extendidas fue a dar con los colmillos. “¡Sin duda la forma de este animal es como la de una lanza!”

Entonces avanzó el tercer ciego justo cuando el elefante se giró hacía él. El ciego agarró la trompa y la resiguió de arriba a abajo, notando su forma y movimiento. “Escuchad, este elefante es como una larga serpiente”.

Era el turno del cuarto sabio, que se acercó por detrás y recibió un suave golpe con la cola del animal, que se movía para asustar a los insectos. El sabio agarró la cola y la resiguió con las manos. No tuvo dudas, “Es igual a una vieja cuerda” exclamo.

El quinto de los sabios se encontró con la oreja y dijo: “Ninguno de vosotros ha acertado en su forma. El elefante es más bien como un gran abanico plano”.



“El hombre, para llegar a ser él mismo, necesita un Dios que le permita crear y no un Amo que le dicte el camino; necesita una Presencia que lo ayude a engendrarse y no una Ley que lo modele desde fuera; necesita una llamada que lo empuje a ser y no una orden que le imponga actuar”. Marcel Légaut. CIF, p.74-75

Fr. Estuardo López, O.P.



Pan y Vino V. 2 No. 17

Parroquia La Dolorosa

22 de marzo de 2020

El sexto sabio que era el más viejo, se encaminó hacia el animal con lentitud, encorvado, apoyándose en un bastón. De tan doblado que estaba por la edad, pasó por debajo de la barriga del elefante y tropezó con una de sus gruesas patas. “¡Escuchad! Lo estoy tocando ahora mismo y os aseguro que el elefante tiene la misma forma que el tronco de una gran palmera”.

Satisfecha así su curiosidad, volvieron a darse las manos y tomaron otra vez la senda que les conducía a su casa. Sentados de nuevo bajo la palmera que les ofrecía sombra retomaron la discusión sobre la verdadera forma del elefante. Todos habían experimentado por ellos mismos cuál era la forma verdadera y creían que los demás estaban equivocados.

La Peste y el Miedo

Un rey árabe atravesaba el desierto cuando de pronto se encontró con la peste. El rey se extrañó de encontrarla en aquel lugar:

– Detente, peste, ¿a dónde vas tan deprisa?

cinco mil vidas con mi guadaña.

Unos días después, el rey volvió a encontrarse en el desierto con la peste, que regresaba de la ciudad. El rey estaba muy enfadado, y dijo a la peste:

– ¡Me mentiste! ¡Dijiste que te llevarías a cinco mil personas y murieron cincuenta mil!

– Yo no te mentí- dijo entonces la peste– Yo sesgué cinco mil vidas... y fue el miedo quien mató al resto.



“El hombre, para llegar a ser él mismo, necesita un Dios que le permita crear y no un Amo que le dicte el camino; necesita una Presencia que lo ayude a engendrarse y no una Ley que lo modele desde fuera; necesita una llamada que lo empuje a ser y no una orden que le imponga actuar”. Marcel Légaut. CIF, p.74-75

Fr. Estuardo López, O.P.